

Pedro Dorado Montero's Theory of Man (1861-1919)

Roberto ALBARES ALBARES

Universidad de Salamanca

Recibido: 23-11-2005

Aceptado: 17-01-2006

Resumen

Pedro Dorado Montero fue un reconocido catedrático de Derecho Penal de la Universidad de Salamanca desde 1892 a 1919. Sus teorías penales y su pensamiento jurídico fueron muy famosos en su tiempo y le consiguieron reconocimiento internacional, pero su pensamiento filosófico y metafísico permanece desconocido todavía hoy. Este artículo examina los principales temas que han caracterizado el pensamiento de Dorado en torno al problema del Hombre en su dimensión teórica o fundamental: el conocimiento, el yo, la conciencia, la voluntad, el libre albedrío...

Palabras clave: Hombre, Conocimiento, Yo, Conciencia, Voluntad, Libertad, Pedro Dorado Montero, Pensamiento Español (Historia, siglos XIX-XX).

Abstract

Pedro Dorado Montero (1861-1919) was a well known professor at the Law Faculty in Salamanca from 1892 to 1919. His penal theory and legal thought were very famous and had got him international reputation, but his philosophical and metaphysical ideas are entirely unknown nowadays. This paper examines the main issues in Dorado's theory of Man. This task is undertaken by means of a thorough

analysis of the central concepts, namely: knowledge problem, self, consciousness, will, freedom...

Keywords: Man, Knowledge, Self, Consciousness, Will, Freedom, Pedro Dorado Montero, Spanish Thought (History, XIXth and XXth Centuries).

Introducción

Más allá de su conocida condición de penalista podemos decir que hay en Dorado Montero¹ un verdadero filósofo, cuyas ideas arrancan de un idealismo metafísico de raíz krausista, que evoluciona y presenta matices peculiares al con-

¹ Sobre él pueden verse, entre otros, los siguientes estudios: Albares, R.: *Aproximación al estudio del krausismo en la Universidad de Salamanca en la segunda mitad del siglo XIX*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1999, Parte IV, "El pensamiento antropológico de Pedro Dorado Montero", pp. 597-826 [edición en microficha de la tesis defendida en 1992]; Albares, R.: "Educación y humanización en Pedro Dorado Montero (1861-1919)". En: Capellan, G. y X. Agenjo Bullon (Eds.): *Hacia un nuevo inventario de la Ciencia Española. Actas de las IV Jornadas de Hispanismo Filosófico*. Santander: Asociación de Hispanismo Filosófico / Sociedad Menéndez Pelayo, 2000, pp. 199-219.- Blanco, J.A.: *El pensamiento sociopolítico de Dorado Montero*. Salamanca: Centro de Estudios Salmantinos, 1982; Blanco, J.A.: "Evolución de un intelectual crítico: Pedro Dorado Montero", *Salamanca. Revista de Estudios*, 33-34 (1994): 141-168; Sánchez-Granjel, L., y Sánchez-Granjel, G.: *Cartas a Dorado Montero*. Salamanca: Gráficas Europa, 1985; Sánchez-Granjel, G.: *Pedro Dorado Montero, un penalista salmantino*. Avila: Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Bienestar Social, 1990; Sánchez-Granjel, G.: *Psiquiatría y Antropología en la génesis de la "utopía penal" de Pedro Dorado Montero*. Tesis doctoral. Facultad de Derecho de la Universidad del País Vasco, San Sebastián, 1988; VALLS, F.J.: "La Filosofía del Derecho de Dorado Montero", *Anales de la Cátedra Francisco Suárez*, 11, fasc. 2 (1971): 193-280.- Antón Oneca, José: *La utopía penal de Dorado Montero*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1951; Antón Oneca, José: "Apostillas a un libro de Dorado Montero", *Revista de Estudios Penitenciarios*, 195 (1971): 1669-85.- Barbero Santos, M.: "Remembranza del profesor salmantino Pedro García-Dorado Montero en el 50 aniversario de la muerte". En: *Problemas actuales de las Ciencias Penales y la Filosofía del Derecho. Homenaje al profesor Luis Jiménez de Asúa*. (Buenos Aires: Pannedille, 1970). pp. 348-364.- Barbero Santos, M.: "Pedro Dorado Montero (Aportación a su Biografía)", *Revista de Estudios Penitenciarios*, 22 (1966): 257-317.- Berdugo, I. y Hernández, B.: *Enfrentamiento del P. Cámara con Dorado Montero*. Salamanca: Dip. Provincial de Salamanca, 1984.- Hernández Díaz, J. M^a.: "Pedro Dorado Montero y la Educación", *Hª de la Educación*, 2 (1983): 217-227.- Peset, M. y R.: "Positivismo y ciencia positiva en médicos y juristas españoles del siglo XX: Pedro Dorado Montero", *Revista Almena* (Burjasot), 2 (1963): 65-123.- Ramos Pascua, J.A.: "El pensamiento jurídico en la Salamanca de la Restauración", *Salamanca. Revista de Estudios*, 47 (2002): 341-370.- Ramos Pascua, J.A.: "El positivismo jurídico en España: D. Pedro Dorado Montero", *Anuario de Filosofía del Derecho*, 12 (1995): 503-546.- Rivacoba y Rivacoba, M. de: *El centenario del nacimiento de Dorado Montero*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 1961.- Rodríguez Hernández, V.: *La insumisión en Dorado Montero*. Salamanca: Hespérides, 1993.- Saldaña, Q.: *Mentalidades Españolas. II. Dorado Montero*. Madrid: Reus, 1920.- VALLS, F.J.: "Bibliografía doradiana", *Revista de Estudios Penitenciarios*, 27, nº 195 (1971): 1703-1713.

tacto con otras ideas filosóficas recibidas por Dorado a través de sus lecturas y del ambiente positivista en que se desarrolla su formación y su vida. Ello le lleva constantemente a tratar de fundamentar o construir sus doctrinas penales sobre una concepción omnicomprendensiva, racionalmente elaborada, de toda la realidad. De aquí que abundan en sus obras las discusiones lógicas y metafísicas acerca del hombre, la libertad, la voluntad, la conciencia, etc., para luego aplicarlas a sus planteamientos y soluciones penales.

Ya al final de su vida, en 1916, tiene ocasión Dorado de exponer un tanto “sistemáticamente” sus reflexiones y posiciones teóricas relativas al problema de la Realidad, y más concretamente de la Realidad Humana, en un ciclo de cinco lecciones o conferencias impartidas en la institución catalana “Cursos monográficos de altos estudios y de intercambio”, con el título genérico de “La Naturaleza y la Historia”. Estas lecciones fueron publicadas en catalán, en 1917, por José María Capdevila como segundo volumen de la “Biblioteca filosófica” dirigida por Eugenio D’Ors. El texto original castellano de las tres primeras fue publicado diez años más tarde, bajo el título *La Naturaleza y la Historia. Metafísica y Psicología*, anunciándose, en un segundo volumen, la próxima publicación de las dos lecciones restantes, acompañadas de algunos textos complementarios, bajo el título *Moral e Historia*, pero que nunca llegó a publicarse².

1. El dualismo fundamental

Lo primero que llama la atención al acercarse a estos escritos de Dorado es, respecto al tema que nos ocupa, el carácter hiper-problemático que reviste el hombre para el hombre, y cómo no, para el hombre-Pedro Dorado. Efectivamente, el problema fundamental relativo al valor del hombre como tal envuelve a su vez multitud de problemas, multitud de interrogantes a resolver, que Dorado piensa se pueden resumir en los tres siguientes: el problema *metafísico-religioso* (¿Qué es la Realidad? ¿Cuál es la Naturaleza del Universo, de la Realidad, del Ser (del Gran Ser), de la Naturaleza?), el problema *psicológico* (¿Qué es el hombre como tal en relación con la Naturaleza?), y el problema *ético-social* (¿hasta dónde puede obrar sobre el mundo y hasta dónde sufre la acción de éste? ¿La conducta humana es una

² Dorado, P.: *La Naturaleza y la Historia. Metafísica y Psicología*. Madrid: Cuadernos de Ciencia y de Cultura, Imp. Ciudad Lineal, 1926, 255 pp. Además de esta obra, algunos ensayos de Dorado tratan más o menos monográficamente diversos problemas relacionados con el tema que nos ocupa. Al respecto puede verse, Dorado, P.: “Yo”, *La Lectura*, 23 (1909): 265-287; 391-413; *Naturaleza y función del derecho* (Madrid: Reus, 1.927) especialmente los capítulos I y II; “Valor de la conciencia y de la intervención reflexiva”, *La España Moderna*, 178 (1903): 81-122; “De algunas antinomias que rodean nuestra vida”, *La España Moderna*, 251 (1909): 5-24; “ Sobre el carácter científico de la historia “, *La Lectura*, 21 (1908): 121-142.

conducta desligada de las leyes de la Naturaleza o sometida a ellas?). Entre ellos propiamente no existe una separación neta y rigurosa, sino que parecen más bien aspectos varios de único problema, el problema del Yo: “El problema de este último (del Yo) es, para el hombre, el problema de los problemas, el problema magno, del que quizá todos los demás dependan”³.

Hay, no obstante, una cierta paradoja que constituye la característica común a estos tres problemas o aspectos del problema, y es el hecho de que son problemas “eternos”, que han preocupado, preocupan y preocuparán a todo hombre, y sin embargo, son *insolubles*. Por más que se ha empleado tiempo y fuerzas mentales en su resolución nadie encuentra salida clara y segura para ellos. Esta declaración de insolubilidad que, a primera vista, pudiera parecer una declaración de nihilismo, pesimismo o escepticismo⁴, abocando al desaliento y al abandono de semejantes problemas, constituye por el contrario el motivo principal para entregarse a su discusión, y ha de ser causa de estímulo y alegría, porque para Dorado, “mantienen viva nuestra esperanza y están sirviendo como de faro atractivo a nuestra actividad mental, que sin eso, con respecto a los asuntos a que ellos se refieren, quedará ya, por satisfecha, aletargada o muerta”⁵. Ellos constituyen el síntoma más claro de vida y de acción mental y hacen del hombre un ser de esperanza, ya que por otro lado, además de insolubles, estos problemas (o el problema fundamental en que se resuelven) son *inevitables* ⁶.

Lo primero que cabe decir, pues, es que el hombre aparece como ser problemático, inevitablemente problemático, constitutivamente problemático, y cuya única esperanza o solución es precisamente seguir siendo problemático, seguirse planteando el problema ahora y siempre, para seguir siendo el hombre mismo, a sabiendas de que no tiene solución. El hombre-Dorado no es una excepción, y trata si no

³ Dorado, P.: “Yo”, *La Lectura*, 23 (1909): p. 267.

⁴ En repetidas ocasiones se han utilizado estos términos para calificar la actitud intelectual de Dorado, tal vez un tanto exagerada o radicalmente. Creo conveniente matizar aquí que la postura de Dorado, y bajo la que él mismo se incluye, es la por él denominada “pesimismo optimista”, que cuadra perfectamente tanto con el talante general de Dorado, como con su posición en el asunto que nos ocupa. “Es el “pesimismo optimista” de que se hallan forzosamente poseídos todos los luchadores, todos los hombres progresivos, cuantos saben que la vida es combate y trabajo, cambio incesante, y por hallarse convencidos de ello están dispuestos siempre a “arrimar el hombro” para conseguir que el estado que sin remedio ha de sustituir al actual estado, caduco, injusto, sea un estado en que exista un bienestar social mayor aplicable a mayor número de personas que el que existe con la organización presente “. (Dorado, P.: “Pesimismo y socialismo”, *El Socialista* (1-Mayo-1899, nº extraordinario). Es el pesimismo en el que hay un lugar para la esperanza, por contradictorio que pueda parecer.

⁵ Dorado, P.: *La Naturaleza y la Historia. Metafísica y Psicología*, p. 8.

⁶ “No se sabe de él (del problema del valor del hombre) hoy más que el primer día, esto es, nada, y así seguirá sucediendo por los siglos de los siglos. Fuerzas mentales ya lleva consumidas muchas, pero inútilmente del todo, fundiéndose las mismas en un tonel sin fondo, como el de las Danaides. Y el caso es que, aún estando los hombres persuadidos de ello, no son capaces de dejar en paz dicho problema” (Dorado, P.: *Naturaleza y función del derecho*, p. 1-2, nota 1).

de resolver el problema, que sabe insoluble, sí de analizarlo y explicarlo con el fin de comprender un poco más este carácter problemático y paradójico del hombre, y de esta manera vivirlo y vivir racionalmente. Para Dorado decir hombre es decir problema, es decir dualidad, y decir, más radicalmente, Realidad es decir problema y dualidad, desde el momento que existe, entre los seres que forman el “gran ser”, un ser llamado hombre, que se pone como *conciencia, sujeto*, en franca oposición al mero *ser*, al mero *objeto*. Por ello el problema de la Realidad en último extremo es el problema de las relaciones entre el ser y el conocer, problema éste el más radical para Dorado, tanto porque es el que más le preocupa, como por su valor intrínseco, por su dificultad, y sobre todo por su transcendencia e influjo en los restantes problemas, que en última instancia se reducen a él.

Todo eso del “punto de partida” seguro e indiscutible, de la ciencia y de la filosofía, base firme del edificio científico, y eso otro del valor productor y director de la conciencia donde toman su raíz las cuestiones éticas y cuantas se relacionan con la conducta humana (cuestiones morales y jurídicas, sociales, históricas, artísticas,...), todo ello no son más, según yo creo, sino intentos de contestación a esa atormentadora pregunta: qué es el conocer, y cuál es su función y su eficacia dentro de la realidad⁷.

La radicalidad con que Dorado plantea el problema, indica que el mismo va mucho más allá de las posibles relaciones entre un orden conceptual y el orden real, presentándose con un carácter claramente ontológico, merced al cual la categoría o noción generalísima de SER, toda la Realidad, aparece dividida o desarrollada en dos categorías o realidades distintas, antagónicas y en constante tensión: El Ser Natural, la *Naturaleza* y la *Conciencia* (el Conocer). Este dualismo a su vez será origen de todo otro tipo de dualismos, especialmente del dualismo *Naturaleza* e *Historia*, como productos del respectivo obrar del Ser y de la Conciencia, que identifica Dorado con otro dualismo puente camuflado, con Dios y el hombre respectivamente: “La Naturaleza u orden natural es obra directa de Dios; la Historia (humana) o sea el Arte y la industria, la Religión, la Moral, el Derecho, ordenes artificiales, son debidos exclusivamente al hombre”⁸.

Como ya hemos apuntado de pasada, la desaparición de este dualismo y de todos los dualismos no se logrará entre tanto no desaparezca la causa que lo produce, que para Dorado evidentemente es el hombre, pues “mientras haya hombres, habrá historia, es decir, labor inteligente, teleológica y voluntaria, colateral de la obra natural y divina, subsistirá un dualismo irreductible de mundos: el mundo de la Naturaleza y el de la Historia; el de la razón divina (el de la *lex aeterna*, que suele decirse) y el de la humana; el de los productos naturales y el de los espirituales; el

⁷ Dorado, P.: *Naturaleza y función del derecho*, p. 2.

⁸ *Ibid.*, p. 29-30.

de la presión y fatalidad exteriores y el de los íntimos y espontáneos impulsos conscientes y los deseos y resoluciones libres”⁹.

Vemos pues, que a la base de la concepción de la realidad se da en Dorado un dualismo irreductible (ser-conocer, Naturaleza-Historia), pero ello no significa que Dorado mantenga un dualismo radical, igualitario, que presente como compartimentos estancos cada uno de los polos, con una carga fija de realidad, y con un mismo grado de importancia real. Por el contrario, ambos están en constante y tensa pugna. Sin embargo, hay en Dorado una constante tendencia a la unificación monista, que no reducción absoluta del dualismo, al poner de manifiesto cierta inherencia de la conciencia y el conocer en el ser, que inclina el fiel de la balanza y de la pugna más bien del lado de éste. Ello supone una preeminencia, dominio, preponderancia, o una cierta superioridad óptica de la Naturaleza sobre la conciencia y la Historia, del ser sobre el conocer. “Lo que en fin de cuentas quiere esto decir, es que la Naturaleza – ciega, si se quiere, como en efecto, se la califica muchas veces – se impone a la conciencia; el instinto (causalidad y ley natural), a la razón (ley racional); (...) o sea, en otros términos, la Naturaleza, a la Historia, y el fenómeno *causalistamente* y objetivamente encadenado, al acto humano conscia, finalista y libremente puesto”¹⁰.

Esta dualidad fundamental se pone de manifiesto de un modo apremiante ante nuestra inteligencia cuando pensamos en el hombre y nos proponemos investigar su naturaleza y su posición en el mundo, llevando a Dorado a enfrentarse sucesivamente con el análisis de una serie concatenada de cuestiones como son: *el Yo, la Conciencia, la Voluntad, el Libre Albedrío*.

El problema crucial del pensamiento filosófico de Dorado es el problema del hombre, de aquí que propiamente su filosofía, al modo kantiano, sea una antropología.

En su dimensión fundamental el hombre (el Yo) para Dorado es un ser de naturaleza dual, reflejo de un dualismo más fundamental que subyace a toda realidad: El dualismo Ser/Conocer, Naturaleza/Conciencia. Esta dualidad se manifiesta primeramente como dualidad de naturaleza: el hombre como naturaleza física, cuyo más genuino representante es el cuerpo y que Dorado condensa en la fórmula “Yo soy”, y el hombre como naturaleza espiritual o racional, representada por el alma, que tiene su expresión en la fórmula “Yo conozco”. Esta dualidad inicial implica a su vez una serie de dualidades subordinadas o consecutivas: dualidad de conciencias (pasiva y creadora), de voluntades (profunda y cortical), de acción, etc. Asimismo reviste especial importancia para Dorado la dualidad de sentimientos que rodea todo el problemas humano: por un lado el sentimiento de anonadamiento y de sumisión ante la inmensidad de la Naturaleza, y por otro el sentimiento de inde-

⁹ *Ibid.*, p. 30.

¹⁰ *Ibid.*, p. 29, nota 1.

pendencia y de rebeldía, antitético del anterior. Los dos polos de esta serie de dualismos están en constante lucha hacia la unidad, pero sin llegar nunca a reducir a la nada ninguno de ellos, por lo que dichos dualismos (lo mismo que los problemas) resultan irreductibles absolutamente, haciendo valer sus derechos a cada momento por lo que la existencia humana se convierte o mejor dicho es constitutivamente agónica lo que, lejos de ser para Dorado motivo de desesperación y de fracaso, de forma un tanto paradójica, hacen que la vida del hombre sea vida humana, constituyen el síntoma más claro de vida y de acción mental y hacen del hombre un ser de esperanza.

2. La noción del Yo

Lo primero que señala Dorado es que dicha noción es sumamente imprecisa, vacilante y equívoca, por lo que es necesario repasar las distintas acepciones o usos y sentidos que se le suele dar a dicho vocablo, y que se pueden reducir perfectamente a dos:

1) En un primer y más propio sentido tenemos el Yo concebido como individuo. “Mi yo soy (...) yo mismo, todo yo, abarcando enteramente la unidad concreta que recibe el nombre de individuo (...) El yo y el hombre son aquí, por lo que a primera vista parece, términos idénticos, o cuando menos sinónimos: todo hombre es un yo, y el yo no se halla sino en el hombre, ni se predica de nadie sino del hombre”¹¹. En este sentido el “yo” es un equivalente de la personalidad humana individual, en virtud de la cual se consideran *yoes* todos los individuos humanos, aún aquellos que carezcan de conciencia reflexiva y no sepan afirmarse como realidades independientes frente a otros.

Esta identificación “yo” – personalidad individual, implica para Dorado la inclusión entre sus componentes, además de la porción física y corporal y de la psíquica o espiritual, de todas las cosas exteriores que le pertenecen y que constituyen la proyección del “yo”, trascendiendo los límites del propio cuerpo, a través de sus obras, de su obrar. “El yo viene a ser, de esta suerte, como el sujeto de todos nuestros actos y movimientos, el soporte de cuanto en nosotros pasa, incluso inconscientemente”¹². Expresión lingüística de este yo completo y particular es, para Dorado, el “yo soy”¹³, entendiendo el hacer de cada individuo como un hacer aco-

¹¹ Dorado, P.: “Yo”, *La Lectura*, 23 (1909), p. 268.

¹² *Ibid.*, 23 (1909), p. 269.

¹³ En los escritos posteriores a 1909, cuando Dorado habla de los distintos *yoes* y de sus formulaciones, reserva para este yo concreto únicamente la denominación “yo soy”, pasando la denominación “yo hago” a englobar propiamente la serie de expresiones lingüísticas que se refieren al “yo conozco”, “yo quiero”, “yo hago”. Evidentemente, no se trata del mismo tipo de hacer. Ello se debe al carácter de Naturaleza que para Dorado tiene el “yo soy” que, en cuanto tal naturaleza, obra de

modado a la índole de éste (el hacer sigue al ser), que él no se ha dado a si mismo, por lo cual no hace uno lo que quiere, sino que hace lo que puede y debe hacer, lo que tiene que hacer, conforme al dictado e imperio de su naturaleza, de su realidad sustantiva.

2) Al lado de este *Yo* hay que distinguir otro *yo* expresado lingüísticamente como “yo conozco”, “yo sé”, “yo quiero”, “yo hago”, del que hay que distinguirlo claramente si no queremos vernos envueltos en una continua contradicción, y cuya característica es la “conciencia”. Las notas distintivas de ambos *yoes*, se resumirían, para Dorado, en tres puntos básicos:

a) En primer lugar, el hombre, en cuanto “yo soy”, es una parte de la Realidad, de la Naturaleza total, una realidad concreta y plena; en tanto que, como “yo conozco”, es más bien algo vacío, que no admite contenido real alguno, siendo exclusivamente puro conocer.

b) Si el “yo soy” se complace en su pertenencia a la Naturaleza sumergiéndose en ella y acatando sus leyes mecánicas, el “yo conozco” quiere colocarse enfrente de la Naturaleza, constituyéndose en entidad propia.

c) A mi “yo soy” pertenece todo mi *Yo*, todo lo que integra mi individualidad y mi personalidad, desde mi cuerpo hasta mi espíritu, con todas sus propiedades y facultades, propensiones, sentimientos, ideas, conocimientos, apetencias, planes, incluso mi conciencia o *yo conozco* en cuanto yo lo hago objeto de mi conocimiento, en cuanto lo objetivo y sitúo en el mundo exterior a mi conocimiento, como una de tantas formas observables de la realidad. Asimismo pertenecen también a mi “yo soy”, todas las concrecciones de mi conciencia, en ideas, conceptos, etc., todo el funcionar pasado del “yo conozco”. Por el contrario, al “yo conozco” pertenece la conciencia, no cuando es conocida y se pone como objeto de conocimiento, sino cuando y en cuanto es concedora y funciona de sujeto observador, perceptor y concedor, y que en el instante de funcionar así se resiste a ser absorbida por el “yo soy”.

El “yo conozco”, la conciencia así entendida, “es el ojo cuando ve, no cuando es visto y observado como una de tantas Realidades. Cuando el ojo ve, no se ve a si mismo. No se ve a si mismo ni aún en el caso que se objetive, supongamos, mediante la reflexión de su propia imagen por un espejo; pues aún entonces, son distintos, en verdadera dualidad antitética, el ojo que ve y el visto, el ojo sujeto y el ojo objeto de la visión. Esto mismo es lo que digo de la conciencia funcionando como tal, y a la conciencia en esta posición, que es la propia suya, es a lo que yo llamo el *yo conozco*”¹⁴.

Estamos, pues, ante el dualismo ser y conocer aplicado al hombre, que por un acuerdo con su esencia, lo mismo que las plantas o los animales obran de acuerdo con la suya propia. Por otro lado, concebido el *yo* como total, individualidad concreta, sujeto del propio hacer, le parece a Dorado que habría que decir que todos los seres son *yoes* a su manera.

¹⁴ Dorado, P.: *La Naturaleza y la Historia. Metafísica y Psicología*, p. 160.

lado es ser, y por otro es inteligente, consciente. Mi “yo soy” pertenece al ser y forma parte de la Naturaleza como otro ser cualquiera, y lo que “yo soy” es un dato que se impone a mi conciencia y cuya existencia no se debe a ésta¹⁵. Mi “yo conozco”, en cambio no pertenece a la Naturaleza sino que, en tanto que sujeto conocedor, es precisamente algo opuesto a ella. Frente al “yo instintivo” tenemos el yo “ser consciente”, racional, libre.

En consecuencia, para Dorado, la realidad “hombre” aparece como una realidad doble, compuesta de Naturaleza y Espíritu, instinto y conciencia, en constante pugna dialéctica, a la búsqueda de una síntesis en la que constantemente se pone de manifiesto el carácter irreductible de cada uno de los componentes. “El hombre es, en efecto, a la vez Naturaleza y espíritu, o naturaleza corporal, material, física y naturaleza espiritual; realidad sustantiva, con contenido sustancial y conciencia pura; materia inerte, organismo, vida, sensibilidad, conciencia y voluntad libre. Es, en suma, de un lado, ser, y de otro, conocer, sin que la separación entre ambos términos pueda quedar jamás borrada, aún cuando la tendencia indefectible es también a borrarla efectivamente”¹⁶.

Estos dos modos de realidad distintos, hallados en el hombre, imponen para Dorado la admisión de dos naturalezas, física y espiritual o psicológica, pudiéndose decir que en el hombre hay dos hombres: el natural y el racional, y en consonancia con ello y como resultado se impone asimismo el reconocimiento de dos voluntades. Sin embargo, vayamos por orden y analicemos primero el tema de la conciencia, en primer lugar porque ella se nos ha presentado como la característica principal que define al “yo conozco” y en segundo lugar, porque ella va a ser la causa de la irreductible dualidad que encontramos en todo momento, pues para Dorado, “decir conciencia es decir dualidad”¹⁷.

3. La Conciencia

Paralelamente a como sucedía al analizar el término “yo”, el término “conciencia” no es unívoco y claro, sino que abarca una variedad de grados y de formas que constituyen un único proceso psico-biológico. Concretamente son tres los grados o formas que distingue Dorado:

¹⁵ “Mi “yo soy”, parte de la Naturaleza grande en la que está encuadrado y de la especie *homo* que lo cualifica, es mi Naturaleza concreta, individual, con su fisonomía personal, inconfundible con la de ningún otro “yo soy”. Es decir que mi “yo soy” es la expresión de mi estructura espiritual, de la cual provienen mis instintos, sentimientos, tendencias y apetencias personales; como mi estructura y consiguientes disposiciones (predisposiciones) espirituales son probablemente un efecto de mi estructura y disposiciones corporales” (Dorado, P.: *Naturaleza y función del derecho*, p. 31, nota).

¹⁶ Dorado, P.: *La Naturaleza y la Historia. Metafísica y Psicología*, p. 156-157; Cfr. también p.183; 215.

¹⁷ *Ibid.*, p. 113 nota.

a) Una conciencia denominada *fundamental* y primitiva, difusa, indeterminada, raíz indiferenciada de las otras, que se puede considerar como equivalente a la *vida*, o como acompañante de ésta y que sería como el ansía de vivir, o el llamado instinto de conservación. Esta conciencia responde al “yo soy” y de su contenido forma parte “todo el conjunto de elementos, reales y eficaces, que constituyen la naturaleza de cada ser, sus instintos, sus propensiones o tendencias, su temperamento, su carácter, su realidad concreta, su individualidad. Es una conciencia presente a todo el hacer del sujeto, lo mismo al hacer reflexivo que al irreflexivo, al deliberado que al sintomático e instintivo, al calificado de voluntario que al involuntario; una conciencia que abarca también los actos que se llaman, por lo regular, inconscientes”¹⁸.

De este yo, “yo soy”, y de esta “conciencia indeterminada”, brotan luego, por desintegración y diferenciación, otros *yoes* específicos que acompañan a ulteriores grados de conciencia.

b) Un segundo grado sería la denominada “conciencia directa”, que incluye cierto poder discriminatorio distinguiendo entre yo y lo ajeno a mí, entre el que ve y lo visto, sujeto y objeto. Con ella, en el puro “yo soy” aparece o se inicia un proceso de progresiva diferenciación y espiritualización, abriéndose a un “yo sé”, “yo conozco”. En esta conciencia, inicialmente el “yo soy” se limita a ser casi enteramente pasivo, recibiendo a través de los sentidos las impresiones que originan las sensaciones que experimentamos, y en la que quien recibe las impresiones se distingue de los objetos que las producen. La vida entera es, en este sentido, un proceso ininterrumpido de acumulación de sensaciones.

c) Finalmente, tenemos en un tercer grado, la conciencia reflexiva. Esta conciencia, que es a la que de ordinario se llama propiamente conciencia, representa un punto de bastante complicación en el proceso psicobiológico. En este tipo de conciencia, intervienen otros términos que los señalados anteriormente: además de un sujeto, de un “yo conozco”, que percibe y escudriña las cosas del mundo exterior a él, hay otro sujeto, otro “yo”, que se coloca aparte del primero, y que pone en éste su mirada para hacerlo objeto de su estudio, de su análisis y observación.

A este tipo de conciencia correspondería un tipo supremo de yo, que Dorado compendia en las expresiones “yo me conozco”, o “yo pienso”. En él se completa el progresivo proceso de espiritualización que sufre el yo “yo soy”, plenitud de contenido, del que progresivamente se ha ido vaciando, a medida que ha ido adquiriendo más cantidad de *yo*, de conciencia, hasta llegar a ser todo “yo”, pura conciencia.

En resumen, nos encontramos ante una triplicidad de conciencias, o ante una tripartición funcional, difícilmente reducible: “conciencia que examina, investiga y

¹⁸ Dorado, P.: “Yo”, *La Lectura*, 23 (1909), p. 279.

percibe; conciencia sobre la cual recae el examen y que es objeto de percepción y conocimiento, lo mismo que cualquiera otra realidad sensible, y conciencia intermediaria con cuyo auxilio (sic) se pone en relación la primera con la segunda”¹⁹.

Conectando los distintos *yoes* en relación con la gradación de la conciencia, tendríamos que el “yo soy” es la menor cantidad posible de “yo”, de conciencia; “es un yo, todo o casi todo fuera de sí, un yo entregado al no-yo, sometido a la fuerza y dirección de éste; un yo que solo de un modo vago y débil se afirma como un mundo sustantivo aparte, en frente del mundo exterior a él”²⁰. Casi nada hay en él de espiritual, casi todo es corpóreo; casi nada hay de dirección autonómica, inteligente y teleológica, casi todo es dirección física extraña. Es un yo todo realidad.

El “yo conozco”, sujeto de la conciencia directa, tiene un grado menor de densidad que el “yo soy”. Es el mismo “yo soy” no en función de hacer, de desahogar sus naturales fuerzas que hacen de él lo que es, sino en función de conocer, de apoderarse mentalmente de su mundo exterior, a través de ideas (sensaciones), nociones, conceptos, representaciones. “El “yo conozco” es el “yo soy”, ya consciente, pero cuya conciencia se ejercita con respecto a las demás cosas distintas de él, a las que se mueven más allá del límite dentro del cual se agita el “yo soy”²¹.

El “yo me conozco”, el “yo pienso”, es todo yo, todo conciencia, y sólo conciencia. Desprovisto totalmente de contenido alguno, es la pura vaciedad. Es un yo que mira exclusivamente para adentro y para el que todo es exterior, incluido lo interno. “El “yo me conozco”, “yo pienso” trata de convertirse en puro sujeto echando fuera de sí todo lo que no sea él, y aún pretendiendo también – sin conseguirlo, por imposible – echarse fuera de sí mismo, a fin de poder así, transformado en pura lente, sin naturaleza, ni realidad, verlo todo, incluido a sí mismo, fuera de sí”²².

Estamos, pues, ante un proceso de progresiva espiritualización y, diríamos, quintaesenciación del yo. Sin embargo, por más que lo intente, el sujeto, nunca podría llegar a un yo puro y totalmente vacío, jamás quedará suprimida la dualidad entre el yo que conoce y la realidad conocida. Aún en el yo más concentrado en sí mismo, como un punto matemático, y más alejado de la realidad, queda siempre un remanente de realidad.

Todas estas graduaciones de la conciencia son las que introducen la confusión reinante en torno a la idea del yo, que lleva a tener que distinguir varios tipos *yoes*,

¹⁹ *Ibid.*, 23 (1909), p. 398 nota.

²⁰ *Ibid.*, 23 (1909), p. 285.

²¹ *Ibid.*, 23 (1909), p. 286.

²² Dorado, P.: “Yo” *La Lectura*, 23 (1909), p. 286. Véase también un resumen del proceso, en *Ibid.*, p. 394. Como se puede apreciar se da en esta serie de *yoes* un desdoblamiento del “yo conozco” y “yo pienso” (yo reflexivo), al analizar la conciencia, que indica el sumo grado de espiritualización, una especie de “yo-ideal” que realmente nunca se conseguirá. En posteriores escritos, Dorado volverá a la distinción dualista del “yo”, denominados de manera general “yo soy” y “yo conozco”.

que Dorado finalmente unifica en una noción armonizadora de base fundamentalmente biológica, concibiendo el yo y la conciencia como un devenir continuo. “El yo –la conciencia– es un devenir continuo, y cada uno de los momentos por los que en su recorrido atraviesa, momentos que, aún formando parte de un proceso único, son reales e independientes, puede decirse que es un yo (...). Entre todos los diferentes y sucesivos estados de conciencia (...) hay una cohesión orgánica, debido a un principio coordinador y unificador, y a este principio es al que por lo regular denominan *yo*”²³. Es el yo potencial y habitual, la suma total de los *yoes* singulares, pero también son *yo* asimismo, los distintos sumandos, las distintas, parciales y concretas posiciones de la conciencia.

La conclusión de todo este análisis es para Dorado que el *yo* es principalmente *conciencia*, pero una conciencia que es esencialmente *conocimiento*, conocimiento de las cosas por parte de un sujeto perceptor de los cambios y modificaciones de las mismas, incluidos sus propios cambios y modificaciones. Sin embargo, esta conciencia, este conocimiento tiene para Dorado un carácter “pasivo”, es decir, sin influjo causativo sobre las cosas y sus fenómenos limitándose a asistir y a dar fe notarial, “en calidad de espectadora, con los brazos cruzados”, de lo que ante ella acaece, sin poder detenerlo ni variar su curso, fijado en el “yo soy”.

Incluso la propia actividad consciente, no sin cierta paradoja, se desarrolla en nosotros a espaldas de la conciencia, es decir, que no surge “por obra deliberada y dirección consciente, reflexiva y querida, sino espontáneamente, por impulso interno irresistible del ser en quien la misma se halla, al modo como sucede con otra cualquiera función”²⁴. Sin embargo, la conciencia humana no se conforma con estar sometida a la naturaleza, no se conforma con este papel notarial de testificar y dar fe de lo que acontece ante ella y no por causa de ella, erigiéndose a sí misma en creadora y directora. Para ella, *conocer* y *saber* viene también a ser equivalente a crear, y crear libremente, sin constreñimiento alguno, totalmente ajena a todo tipo de causalismo natural. Conocer es querer, y se quiere en cuanto se conoce y porque se conoce. Constantemente tendemos a atribuir a la conciencia humana un ilimitado poder, considerándola, en todo momento, como árbitro absoluto del propio obrar (el “yo conozco” en funciones de “yo quiero”, “yo hago”): como causa y origen de todos los actos humanos (causalidad moral), que de hecho supone la proscripción de toda cadena causal física y el entronizamiento del puro arbitrio.

²³ Dorado, P.: “Yo”, *La Lectura*, 23 (1909), p. 398.

²⁴ Dorado, P.: “Yo”, *La Lectura*, 23 (1909), p. 403. Algo parecido sucede con el pensamiento: “No se piensa lo que se quiere y como se quiere; se piensa cuando y lo que no hay más remedio que pensar” (Dorado, P.: “Yo”, *La Lectura*, 23 (1909), p.409). Defiende aquí Dorado que la conciencia en cuanto actividad funcional dependerá de la estructura corporal correspondiente, o diciéndolo de otro modo, por debajo de la conciencia y sirviéndole de soporte está la obra subconsciente, que es la obra corporal, obra de la Naturaleza, y que opera a manera de relación causa-efecto. (Cfr. Dorado, P.: *La Naturaleza y la Historia. Metafísica y Psicología*, pp. 167-169).

La conciencia así entendida, con esta función o facultad activa, creadora, da origen a la *voluntad*, fuente de las acciones; voluntad finalista, instantáneamente improvisada, no sujeta a las leyes de la Naturaleza. Como en el yo y la conciencia, respecto a la voluntad, distingue también Dorado dos tipos de voluntad: Por un lado, tenemos una voluntad libre, indeterminada puesta por la conciencia activa, creadora, que es para Dorado “una voluntad cortical”, propia del “yo reflexivo” que para nada afecta al “yo soy”²⁵. Además, existe otra voluntad “honda”, natural, característica perenne de cada uno, que “representa la resultante última del juego efectivo, repetida y regularmente, por la combinación de todos los resortes constituyentes de la maquinaria del “yo soy”, distinta de unos individuos a otros (...) es una voluntad que fluye naturalmente de la estructura íntima de cada individuo, de cada “yo soy”, análogamente a lo que sucede con la voluntad (la vida) de las plantas y con la voluntad (el instinto) de los animales”²⁶. La primera es el origen de los productos históricos y la segunda de los productos histórico-naturales.

La función de la conciencia humana no es pues única, sino irreductiblemente doble. Es por una parte, receptiva y meramente espectadora y registradora, sometida a la naturaleza; y por otra parte es creadora y activa. Por la primera función o aspecto la denominamos conocimiento (“yo conozco”), y sus productos forman lo que denominamos ciencia. Mediante el segundo aspecto la denominamos querer, deseo, tendencia, apetito, voluntad, acción (“yo quiero”, “yo hago”), y sus productos son las creaciones humanas.

En resumen, el hombre aparece como un ser doble: dos naturalezas, una física cuyo representante más genuino es el cuerpo, y otra espiritual, representada por el espíritu, la conciencia o el alma; dos hombres, el hombre del “yo soy” y el hombre del “yo conozco”; dos voluntades, etc. Todo ello conlleva la materialización de dicha dualidad en dos géneros de conducta o actividad: la actividad del hombre, como ser natural, como “yo soy”, obedeciendo ciegamente las leyes de su propia esencia natural; y la actividad humana voluntaria, conscia, libre y finalísticamente creadora del “yo conozco”. Asimismo, para Dorado, este dualismo es la causa de la insinceridad como fenómeno específico del hombre²⁷, y de una cuestión de la mayor importancia, como es el libre albedrío.

²⁵ “Voluntad racional y finalista, creada, podría decirse (como voluntad exenta de toda causación natural y, por lo tanto, absolutamente espontánea), y no solo dirigida, aunque también dirigida en todas sus operaciones, exclusivamente por la inteligencia y la conciencia del respectivo sujeto”. (DORADO, P.: *Naturaleza y función del derecho*, p.33).

²⁶ Dorado, P.: “Yo”, *La Lectura*, 23 (1909), p.407. Esta voluntad viene a ser un síntoma o señal de los instintos propios. A este tipo de voluntad instintiva nos referimos en el lenguaje común con frases como “no puedo por más que quiera”, “yo soy así y obro como soy, y no como quisiera obrar”.

²⁷ Cfr. Dorado, P.: *La Naturaleza y la Historia. Metafísica y Psicología*, p. 219-220. Véase también Dorado, P.: “De la sinceridad”, *La Lectura*, 24 (1909), p.373-387; 25 (1909), p. 1-15, donde se analiza el papel social de la insinceridad.

4. El reino del hacer y el libre albedrío

Hasta ahora hemos visto el dualismo inicial humano “yo soy” – “yo conozco” proyectado en el orden del *conocer*, y en el orden del *querer*. Este dualismo se encuentra igualmente proyectado en el orden del *hacer*, introduciendo, para Dorado, la cuestión del progreso mental y moral del hombre.

Observa Dorado que mientras que el progreso intelectual y técnico de los hombres ha sido continuo y ha ido en constante aumento, poco o nada ha progresado el hombre en el orden moral. Para explicar este hecho, retoma Dorado la dualidad de *yo es*, y sostiene que ello se debe a que si el *yo conozco*, fuente del hacer intelectual y técnico, progresa fácilmente, no resulta tan fácil el progreso del *Yo soy*, ya que el *yo soy* es el *yo real*: “el yo corporal y espiritual, el yo con determinadas disposiciones estructurales de cuerpo, y a consecuencia de estas disposiciones estructurales del cuerpo con determinadas disposiciones estructurales del espíritu, a los cuales llamamos propiedades, cualidades, aptitudes, capacidades, potencias, instintos, tendencias, apetitos, carácter, temple intelectual y moral, etc.”²⁸. Para que éste progrese y con él su conducta moral es preciso, como condición previa, un progreso corporal, obra únicamente posible de la Naturaleza (debido a la selección natural) que necesitará muchos siglos para realizar dicho progreso, pues la naturaleza, obra de Dios no es alterable a voluntad del hombre, sino en límites muy reducidos²⁹.

Así pues, esta lentitud en el progreso moral se debe, en último término, al dualismo del “yo soy” y del “yo conozco” respecto al orden del obrar y del hacer:

1º) Mientras que el “yo conozco” nos enseña a hacer bien las cosas (el yo del arte, la industria, lo artificial, etc.). El “yo soy” únicamente nos empuja a determinados modos de obrar que son calificados posteriormente por los hombres, de buenos o malos, virtuosos o viciosos.

2º) El “yo soy” es en cada uno como es, y, como se ha dicho, no admite grandes modificaciones; en tanto que el “yo conozco” es diferente de unos a otros, y es susceptible de modificación mediante la cultura o instrucción.

3º) El “yo soy” es el del hacer común, el hacer de todo hombre por el mero hecho de serlo y sentir en sí la Naturaleza humana. El “yo conozco” es por el contrario el yo del hacer técnico, artístico, hábil, al que tienen acceso solamente los dotados de una competencia técnica especial.

La posible interacción o influencia mutua de ambas “actividades” suscita la cuestión del *libre albedrío* y su naturaleza.

La operación humana, histórica, consciente, finalista, se pone o pretende poner-

²⁸ Dorado, P.: *La Naturaleza y la Historia. Metafísica y Psicología*, p. 223.

²⁹ No obstante, Dorado entreve para un futuro próximo, la posibilidad de modificación del organismo estructural del hombre y su conducta merced a la acción voluntaria e inteligente de unos hombres sobre otros (una especie de antropotecnia).

se como verdaderamente libre, caprichosa, esto es, no sometida a la Naturaleza y a su engranaje o encadenamiento causal. Es decir, como un obrar inmotivado, y desligado de toda presión causativa, proveniente de un ser sin naturaleza (naturaleza = causalidad); un obrar ejecutado por un ser concreto, con el cual no guarda ninguna dependencia causal, puro instrumento de una arbitrariedad vacía. Aparte de la dificultad de hacerse una idea de tal obrar, y más aún de dar de ella una explicación filosófica o metafísica, el *libre albedrío*, para Dorado, hay que aceptarlo como un hecho, en estricta coherencia o consecuencia con la irreductibilidad del dualismo inicial.

Habíamos visto que por mucho que se intente, jamás el aspecto subjetivo de las cosas puede ser reducido en su totalidad a pura objetividad y causalidad natural, quedando siempre un mínimo indefectible que antes hemos hecho equivalente al punto matemático. Este mínimo irreductible tiene también un mínimo de poder creador no reductible a la naturaleza. Pues bien, “este poder creador de la conciencia, por virtud de la cual da ella origen a mundos espontánea y discrecionalmente improvisados, más no en modo alguno, naturalmente causados y causalístamente encadenados y determinados, es lo que se denomina libre albedrío”³⁰. Vemos pues que el libre albedrío no es sino la conciencia activa, el “yo conozco” creador, o sea el *yo quiero, yo hago*, que da al hombre una dimensión o sentimiento nuevo. Además del sentimiento de pequeñez, anonadamiento y sumisión que el hombre siente ante al poder de la naturaleza, que le lleva a guiarse según sus leyes, y precisamente frente a él, el *libre albedrío* introduce en el hombre el sentimiento de dominación, de independencia frente a la Naturaleza que pretende dominar. Este dominio empieza, en primer lugar por el hombre mismo, dominando su cuerpo (representante de la naturaleza), anulando su poder como realidad natural (sometimiento de instintos y apetitos, carácter o temperamento) y extendiendo posteriormente este dominio a las demás manifestaciones de la misma, espiritualizándolo todo, sometándolo a su designio, constituido como rey y árbitro de toda la realidad natural (divina) y de su causalismo. Este proceso de dominación es, pues, un auténtico proceso de espiritualización.

Sin embargo, decir esto no es resolver el problema del *libre albedrío*, en cuya solución los hombres han venido, regularmente, debatiéndose entre dos posturas extremas: el determinismo o el liberalismo en el obrar humano, considerando la conducta humana como algo totalmente idéntico al de otro ser natural cualquiera, como un eslabón más en la cadena causalista de la Naturaleza, o por el contrario considerándola como una conducta peculiar, única y excepcional en el mundo por completo exenta de toda unión causal. No obstante ser éstas las posturas más generalmente adoptadas, no son las únicas que se pueden adoptar ante el problema. Así, entre ambos extremos, señala Dorado otras dos posiciones ante el mismo. Una pos-

³⁰ Dorado, P.: *La Naturaleza y la Historia. Metafísica y Psicología*, p. 232.

tura de carácter ecléctico, denominada doctrina del “libre albedrío relativo”, para Dorado la más práctica y la más socorrida, aunque también la más ilógica e incongruente de todas, que considera al hombre en parte como ser natural, y en parte como no natural o espiritual. Consiguientemente, sus actos o creaciones serán en parte libres y en parte encadenadas, en parte sometidas al causalismo determinista de la Naturaleza y sus leyes, y en parte independientes de ella, y producto tan solo de la elección libre, voluntariosa, finalista y de la conciencia creadora del sujeto en cuanto “yo conozco”. Esta posición dista mucho de ser fija, y varía gradualmente entre quienes la defienden según se inclinen más a uno u otro de los extremos.

Otra posición que se puede adoptar ante el problema, que denomina Dorado posición *genética*, más bien que considerar el problema como una disyuntiva entre términos antitéticos, lo afronta considerando dichos extremos como momentos varios de una misma serie, de manera que “los hombres, sin dejar de ser seres de la Naturaleza física, o comenzando por serlo y conservando siempre el fondo de tales, se están continuamente haciendo más y más libres, un poco más cada día, y espiritualizando, racionalizando y humanizando su naturaleza y su conducta”³¹. A esta solución genética subyace una consideración dualista de la naturaleza humana pero cuyos términos se dan en serie y no en oposición, con lo cual resultan naturales no tan solo las obras de la Naturaleza física propiamente dicha, ciega y mecánica, sino también los productos libres del espíritu, de la actividad intencional, finalista, voluntaria. La Naturaleza y la Historia, dualismo irreductible, producto del ser y el conocer, se armonizarían así, siendo ambas por igual naturales. Tan natural sería el estado inicial de la Naturaleza (“yo soy” y sus productos) como el estado de máxima espiritualización de la misma, la vida histórica, la vida moral en su máxima expresión, del “yo conozco”.

Como una variante de esta solución *genética*, se puede considerar una postura que se podría denominar *ideal*, en la que se mantiene, por un lado, una dualidad de naturalezas: una, fenoménica o aparente (corporal, natural), obra de la naturaleza, y otra real, esencial o nouménica más interna y genuina que aquélla. Ahora bien, siendo, por otro lado, esta última una naturaleza espiritualmente libre, autónoma y activa, obra naturalmente de acuerdo con los fines que se presentan en su mundo interno y tiende a oponerse al impulso de la mera causalidad natural. Por ello, de acuerdo con esta posición, el hombre será más hombre, cuanto más racional, y más perfectamente obre de acuerdo con esa naturaleza genuina. Consiguientemente, desde el punto de vista humano los productos de la naturaleza nouménica del hombre serán más naturales que las propias obras de la naturaleza. La historia vendría a ser así más natural para los hombres que la Naturaleza; el arte más natural que la propia Naturaleza; el estado social, y el orden moral, jurídico y político más naturales que el estado de naturaleza. “Se trata de una como depuración continua, en la que,

³¹ *Ibid.*, p. 240.

descontentos los individuos de lo que realmente existe, efecto de la inquietud que en todo momento acompaña a los movimientos del espíritu, aspiran a reemplazarlo con algo nuevo previsto en su mente y, como tal, idealizado”³².

Estas son, para Dorado, las distintas posiciones mentales o teóricas que los filósofos y pensadores han confeccionado para tratarse de explicar y dar solución concreta al problema de la pretendida independencia del hombre respecto a la naturaleza manifestada en su obrar. Respecto al caso concreto de Dorado, aunque da la impresión de inclinarse hacia la teoría *genética*, sin embargo, creemos que está matizada por el papel, si no determinante, sí al menos importantísimo que desarrollan las estructuras naturales como base o asiento de los distintos grados de la conciencia, incluida la conciencia humana, que es la causante de la actividad y que, como acabamos de ver, identificaba Dorado con el libre albedrío. De cualquier modo, tal matización corre el riesgo de dar al traste con el libre albedrío, o por lo menos de conducir a la conclusión de que “ser libre no es quizá, bien mirado preferible a no serlo”, al ser formulada, ciertamente con un tono probabilista e “hipotético”, afirmando que “las operaciones nuestras que llamamos voluntarias obedecen *probablemente* a todo un largo engranaje causal (mental inclusive) de que nosotros mismos, sujetos de ello, no sabemos tener conciencia, aún cuando otra cosa nos figuremos a menudo”³³. Esto significaría la conversión de la autonomía de los fines del libre albedrío, en heterogonía de los fines, que para Dorado no significa otra cosa que afirmar la presencia y la virtualidad de la causalidad inconsciente (natural) en la labor humana.

5. Conclusiones

Hemos expuesto hasta aquí los principales análisis de Dorado en torno al problema teórico humano en su dimensión fundamental, dejando a un lado la consideración del hombre en su dimensión social a la que Dorado concede no menor importancia. Cabría ahora, a modo de resumen, tratar de fijar brevemente en algunas afirmaciones la posición de Dorado frente a este, denominado por él, magno problema del hombre.

1º) El hombre es un ser de naturaleza dual, reflejo de un dualismo más fundamental que subyace a toda realidad: Ser y conocer, Naturaleza y conciencia, que en el orden del conocimiento serán objeto y sujeto, y en el orden de la producción (acción) da lugar a dos mundos, el mundo de la Naturaleza fruto de un obrar ciego, causal, y el mundo de la Historia, fruto de una actividad inteligente, teleológica, de espontáneos impulsos conscientes.

³² *Ibid.*, p. 244.

³³ *Ibid.*, p. 249.

En consecuencia, en el hombre habría que reconocer, según Dorado, la existencia de dos hombres: Por un lado el hombre de la Naturaleza física, cuyo más genuino representante es el cuerpo, el hombre animal, instintivo, que suele compendiarse bajo la fórmula “yo soy”. Por otro lado, está el hombre del espíritu, el hombre racional, el de la razón, el de la inteligencia cuya expresión más general se condensa en la fórmula “yo conozco”. Este dualismo de naturalezas da lugar, a su vez, a otra serie de dualismos: Dos conciencias relativas a cada uno de los dos *yoes*, aunque propiamente hablando solo se suele reconocer calidad de tal a la conciencia humana, con una doble función: pasiva, espectadora, concedora, la una; y activa, creadora, y responsable de la introducción del dualismo humano, rebelándose contra la obra de la Naturaleza, la otra. Dos voluntades, una “honda”, característica del “yo soy”, que emana de la estructura íntima, natural del individuo cuyas leyes obedece; otra “cortical”, independiente de toda causación natural, que es la misma conciencia creadora y activa “yo conozco”, puesta en funciones de “yo quiero”. Dos tipos de acción, una propia del “yo soy”, sometida a las leyes causales de la Naturaleza, y otra propia del “yo conozco”, que se presenta como totalmente independiente, caprichosa y libre, y que viene a ser la misma conciencia *activa, creadora*, independiente de la Naturaleza, que se pone en forma de voluntad (“yo quiero”) y de actividad (“yo hago”) totalmente libre, y que supone rebelarse contra las leyes de la Naturaleza.

Desde esta perspectiva, el yo-conciencia es fuerza disolvente y anárquica, espíritu rebelde, de tendencia autonómica, “auténtico Satanás que quiere ser tanto como Dios, o más que Dios y enmendarle a éste la plana, como se la enmienda o se la quiere enmendar a la Naturaleza, proyección externa de la voluntad divina, orden universal divino, ley eterna”³⁴.

2º) El hombre aparece como un ser *problemático* y *paradójico*. Su magno problema lo constituye él mismo, examinado desde diversos aspectos. Este problema se le plantea constantemente, inevitablemente y, aun a sabiendas de que, para Dorado, es insoluble, sin embargo no podemos por menos de ponérselo constantemente, desesperadamente, desgarradoramente, trágicamente. Su indivisible manera de ser, aparece en forma de *lucha* constante entre dos sentimientos antitéticos. Por un lado, el sentimiento de anonadamiento y de sumisión ante la inmensidad y la insondabilidad de la Naturaleza infinita cuyas leyes sigue³⁵. Por otro lado, y tan

³⁴ *Ibid.*, p. 25.

³⁵ Para Dorado este sentimiento de sumisión, parece producido por el fracaso que el yo consciente cosecha al no saber resolver los problemas que se propone (en última instancia el problema del propio hombre). Ante la necesidad de superar el desasosiego y la inseguridad que ello le produce, cae necesariamente en la *fe*, que se los da resueltos de algún modo, y consolida, si no origina, el sentimiento religioso, así como también todas las concepciones metafísico-teológicas y cosmológicas que el hombre confecciona acerca de la Predestinación; de la Inmortalidad. Pero también, por otro lado, para Dorado, la *fe* es quizá la única forma de *hacer algo*: “La fe de cualquier clase que sea, religiosa,

arraigado en el hombre como el primero y como causa del mismo, está el sentimiento de independencia, poder, soberanía propia, el impulso de dominación y la rebeldía y repugnancia a la sumisión.

En el juego libre de estos dos sentimientos antitéticos se debate toda la desgarradora cuestión del hombre: saber si realmente es capaz de afirmar o no su independencia frente a todo lo que no sea él, su desligamiento de toda realidad y de toda causalidad que no sean las suyas propias, y la consiguiente dominación y sumisión de todo a sus designios. La tendencia a lograrlo constituye su razón de ser. En este sentido, Dorado es muy explícito, respecto a lo que sea el hombre: “El hombre en cuanto tal, todo hombre, es un Stirner y un Nietzsche, un ser que se comporta y quiere comportarse como si fuera el único ser del universo, un verdadero Dios y un dominador absoluto del universo, un superhombre, ante el cual y su voluntad de potencia todo es morralla y materia inferior, explotable. Yo, yo y siempre yo; eso es cada hombre”³⁶.

Toda nuestra vida oscila entre uno y otro extremo, y por conciliarlos hacemos los máximos esfuerzos aunque inútilmente, ya que nunca logra el hombre estas pretensiones de dominio, ni tampoco llega nunca a ser absorbido totalmente por la Naturaleza. De aquí la eternidad paradójica de estos problemas que abren la puerta a la esperanza, signo de vida, de vida mental, ideal.

3º) Para Dorado, el hombre, como la Realidad, tiene una naturaleza irreductiblemente dual, pero este dualismo no es tan radical que no reconozca o intente un cierto monismo unificador. El “yo conozco”, la conciencia por más que predique y ponga su independencia, no se da para Dorado como algo aislado, sino dentro de la Naturaleza, dentro del conjunto orgánico de los seres, como un elemento más, todo lo eminente que se quiera. Se encuentra o aparece dentro de un mismo proceso evolutivo, que partiendo de un mínimo de conciencia (máximo de Naturaleza) va gradualmente desarrollándose hasta alcanzar un máximo de conciencia (mínimo de Naturaleza), siendo todo el proceso y sus grados, naturales por igual. Son las distintas teorías “genéticas” o “evolutivas” con sus variantes “ideales”, que siempre matiza Dorado cuando se ve en la necesidad de dar una solución explicativa al magno problema en todos sus aspectos, inclinándose a creer que también en los hechos humanos y sociales, en el mundo artificial de la historia, domina una causalidad de tipo natural. En consecuencia, entre el obrar humano voluntario y el de los

política, económica, la fe ciega, la confianza en si o en otros, la entrega de uno a los demás, la enajenación y la renuncia al propio yo consciente, a su independencia rebelde, son los que “transportan las montañas” las promotoras y causantes de toda construcción grande y sólida” (Dorado, P.: “Yo”, *La Lectura*, 23 (1909), p. 411). De nuevo aquí muestra Dorado su inclinación a valorar las tendencias naturales (sentimiento de sumisión) merced a las cuales el ser humano es un ser solidario que contribuye con el resto de los seres, como uno de tantos, al fin universal, dejándose envolver en el “turbión de la vida” como hacen el resto de los seres.

³⁶ Dorado, P.: *La Naturaleza y la Historia. Metafísica y Psicología*, p. 245.

seres de la Naturaleza, en los que a menudo no se reconoce esa voluntariedad, ni esa conciencia, seguramente no hay diferencia esencial, sino una mera distinción o diferencia gradual del propio ser natural. Sin embargo, tal vez todavía estemos en una etapa de desarrollo lo suficientemente imperfecta como para no darnos cuenta, o no tener conciencia de que detrás de la propia conciencia, que se dice libre, puede haber toda una serie de encadenamientos causales (naturales). En este sentido, cabría introducir o entrever también en Dorado una tensión hacia el ideal humano de ese proceso evolutivo. El hombre será tanto más racional a medida que se vaya percatando de que es desarrollo de su propia naturaleza, a medida que conozca mejor su “yo soy”, sus fuerzas subconscientes, como el mismo y el genuino “yo conozco”, y viceversa el “yo conozco” como el genuino “yo soy”. Es ésta una síntesis que Dorado, como hombre, sabe que resultará imposible, por ello es “ideal” y hasta cierto punto “utópica”. Pero es una síntesis que Dorado también como hombre, en estricta fidelidad a un inevitable modo de ser hombre, tiene que proponerse conseguir, como desgarrador problema, so pena de dejar de ser precisamente hombre.

La conclusión de todo ello, podríamos decir que es una cura de humildad para la pretendida y predicada superioridad del hombre sobre los restantes seres: “El yo en nosotros, el yo consciente, claro es, más que una perfección, viene a resultarnos acaso un verdadero tormento, el testimonio perenne de nuestra impotencia y el testigo inoportuno de nuestros inútiles afanes. Ser inteligente y consciente no es quizá, bien mirado, preferible a no serlo”³⁷. Afortunadamente para el hombre y para Dorado, según el propio Dorado, el hombre es algo más que conciencia, es sobre todo Naturaleza. Es el “recuerda hombre que polvo eres”, que la Naturaleza arroja constantemente a la cara del “rey de la creación” cuando le pone ante sí la serie de los productos humanos, que una vez creados aparecen como *Naturaleza*.

En todos estos planteamientos, se puede apreciar cómo la presencia de las doctrinas esencialmente monistas y armonicistas (krausistas y positivistas, en sus versiones naturalistas y evolucionistas) acaban siendo en última instancia como el cuenco en cuyo fondo se van a ir reposando y amalgamando las influencias de las nuevas corrientes filosóficas (vitalistas, anarquistas, filosofía de los valores, Freud, neokantismo, etc., etc.) recibidas a través del rico caudal de sus propias lecturas. El intento de armonizar o de sintetizar todas estas influencias en un sistema de pensamiento coherente y efectivo que nos ponga ante los ojos y explique definitivamente la naturaleza humana, intento perseguido por Dorado, arroja ineludiblemente ante la insatisfacción que nos produce la explicación presente, la necesidad de imponernos la tarea constantemente, so pena de aniquilarnos como pensadores.

³⁷ Dorado, P.: “Yo”, *La Lectura*, 23 (1909), p. 413.